

BOLETIN

DE LA

REAL SOCIEDAD VASCONGADA DE AMIGOS DEL PAIS

(Delegada del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en Guipúzcoa)

AÑO I

CUADERNO 1.º

Redacción y Admón: MUSEO DE SAN TELMO — *San Sebastián*

Nuestro propósito

Sale hoy a la luz el primer número del BOLETÍN DE LOS AMIGOS DEL PAÍS y ya pensamos en su rareza bibliográfica dentro de cien años cuando algún erudito algo chiflado piense en adquirirlo a toda costa para completar su colección.

Porque nuestra ambición es perdurar, si es preciso con modestia, antes de fenecer brillantemente a los tres o cuatro números como la vanagloria pasajera de unos fuegos de artificio.

De mediados del siglo XVIII data nuestra obra. Dos veces se interrumpió aquélla por los azares de las revoluciones y de las guerras. Mas el espíritu inicial se mantuvo inalterable a través de los años y las vicisitudes. La chispa prendida por Peñaforida en las tertulias de Azcoitia alumbró una llama que sigue dando luz y calor en los hogares vascongados y en la mente de los hombres de nuestro país.

El mensaje de la "Real Sociedad Bascongada" era sencillo y puede reducirse a pocos principios. El primero y más importante, aquél a que debía su origen y razón de ser, según expresan los Estatutos fundacionales, era el amor a la Patria, un patriotismo español con voluntad de perfección que brotaba de la insatisfacción nobilísima ante tanta reforma como era preciso acometer para superar nuestro atraso material en aquella hora progresiva del mundo.

Pues éste: el levantar el nivel educativo de las clases nobles y dirigentes adecuándolo y aficionándolas a la ciencia moderna, fué otro de los objetivos, quizás el más importante que aquellos trasabuelos nuestros del Seminario de Vergara se propusieran.

Y, junto a él, un propósito de fomentar las bellas artes y las letras y un ánimo divulgador que llevase al pueblo, campesino o ciudadano, la afición y el gusto por los cultivos racionales o la novedad industrial.

El Rey Carlos III presidía con amor la gran obra emprendida, cediendo su éxito con mimo y apoyo relevantes. Sabía muy bien el gran Borbón que nuestra Marina, nuestra Artillería, nuestra Intendencia, nuestra Hacienda, es decir, los soportes del Imperio, iban quedando anticuados ante el avance rotundo de la técnica en otras naciones de Europa, rivales de nuestro predominio. Y solamente una gran sacudida espiritual y científica, como la que Munibe intentara, podía sacar al cuerpo social de España de su marasmo creciente. "Sus nobles vascongados", como él decía, iban a la vanguardia de la renovación de la estructura del país que la Corona propugnaba con ardor.

La crítica frívola que se goza en el deleite de la deformación histórica ha querido presentar a los "caballeritos" como sospechosos de heterodoxia y de frialdad patriótica. Aún hoy es un tópico demasiado extendido entre ciertas gentes que se dicen bien informadas. ¡Herejes quienes iniciaron su obra con unos ejercicios espirituales en Loyola para impetrar la protección divina a su obra! ¡Patriotas dudosos quienes además de laborar continuamente por el engrandecimiento de España lucharon individualmente como héroes en la guerra de invasión de 1793! ¡Pero si es a manos de los soldados de la revolución con sus cocardas tricolores como fenece el Real Seminario y la obra entera de la "Real Sociedad"! ¿No es un símbolo elocuente esta devastación de los laboratorios de Elhuyar por las bayonetas que implantaban a su paso los llamados Derechos del Hombre?

Vengamos ahora al propósito actual de estas páginas. Pasaron dos

siglos desde la fundación primitiva, y con ellos un vendaval de pasiones, rencores y odios satánicos, engendrados por la desvinculación del hombre a sus raíces normales y clásicas, que eran, de un lado, su inserción en un orden religioso sobrenatural, y de otro, su trabazón irrenunciable familiar, municipal y profesional. La falsa filosofía al decir que daba libertad a los hombres, los desarraigaba en realidad de sus ataduras físicas y metafísicas y los convirtió gradualmente en objetos, en mercancías humanas. No era inevitable que el progreso técnico acarrearra también esta tremenda hecatombe moral. Fueron procesos distintos, aunque paralelos.

Al final de ambos desarrollos nos hallamos hoy día. Ante un mundo en ruinas espirituales y materiales, destrozado por una guerra sin precedentes, vigila España para que no le mellen o arrebaten su específico patrimonio, que es el de la verdad católica que informa en su ser y su existencia. Y al amparo de la paz ganada con la sangre renace una nueva vida cultural y científica rica en matices y en ambiciones, que sueña con recuperar la enorme distancia perdida. ¿Cabe mayor paralelismo con el empeño carlotercista que brotara antaño de los salones del Palacio de Insausti? ¿No es éste otra vez el mensaje peñafloridiano hecho consigna y programa del Estado actual?

A su amparo nos acogemos gustosos. Vamos a continuar la obra antigua con líneas y materiales nuevos. ¿No habéis gustado, los que amáis con pasión la arquitectura, del placer deleitoso de reformar una vieja casona para adecuarla a las necesidades de hoy sin alterar su belleza y su perfil sustancial dieciochesco? ¿No hay acaso una estilización de los formas que contiene en síntesis la quintaesencia de lo que fué y la concesión al gusto moderno?... Así también nuestro propósito.

Saldremos, para empezar, cada tres meses, con el formato y dimensiones presentes. Luego, si la acogida es ferviente y se cumple nuestro deseo, la periodicidad irá acrecentando su ritmo y las páginas

su volumen. Esperamos en todo caso rendir cuentas de nuestra labor en la reunión habitual que en el valle del Urola nos congrega todos los años por San Juan. Allí, bajo el árbol que Basterra llamó "de la ciencia" en discutible parangón bíblico si no fuera retórica licencia, examinaremos nuestra propia labor con un análisis crítico, que por fuerza habría de ser irónico y benévolo, pues para eso nos llamamos Amigos. Luego nos aguardará un yantar sabroso, que no en vano es nuestra tierra inclinada de suyo a la buena cocina, a la que cierto vascongado con notoria hipérbole calificaba de suprema ciencia, como supremo arte, denominaba, al saber comer. La sobremesa será larga y cordial y no habrá lugar en ella para el encono, la pedantería o la hinchada vanidad. Nuestra fraterna amistad es sencilla y antisolemne, por tradición y por elegancia. Cuando la tarde decline y el sol oblicuo tiña de escarlata y oro las cumbres del Izarraitz, sonarán los bronceos del Santuario ignaciano, con el *Angelus* de despedida y nuestra plegaria subirá a los cielos como el humo azul de los caseríos vecinos, fundidos con el paisaje verde. Luego, al regreso, en lo alto, como un lucero de esperanza brillará la primera estrella.

